



# 1

Mesenia, año 480 a.C.

*Los ilotas nunca han entendido su lugar en el mundo,* pensaba Okela mientras recorría las compactas líneas de su falange de hoplitas, todos espartanos como él, criados desde niños para la guerra y destinados a dominar el Peloponeso. Sus hombres le veneraban.

La formación espartana se mantenía inmóvil, inalterable y en silencio, esperando la orden de su comandante para avanzar. Tan solo la leve brisa emitía de vez en cuando un suave suspiro y mecía, cariñosamente, los penachos de los cascos lacedemonios, las largas y cuidadas melenas que sobresalían de estos y las legendarias capas carmesí. Los ilotas que habían osado desafiar a Esparta y la voluntad de los dioses yacían ante la indiferente mirada de los espartanos. Algunos ya muertos, otros agonizando quedamente mientras su vida se derramaba sobre las tierras que habían labrado para sus amos, la misma tierra que, sometidos, habían regado con su sudor durante generaciones. A lo lejos, los supervivientes se preparaban para la que sería la última embestida de los inhumanos espartanos. No habría misericordia, ni clemencia, ni perdón. No habría prisioneros.

Entre las silenciosas líneas espartanas tan sólo se oía el pausado y seguro andar de Okela sobre el camino polvoriento. El sol se reflejaba en las grebas inmaculadas, en los cascos impolutos y en los escudos dorados decorados con la letra Lambda carmesí de los hijos de Laconia. Okela se abrió paso entre sus hombres y avanzó unos metros. Miró al cielo, azul, sin una nube; luego al suelo, y mientras se secaba el sudor puso una rodilla en tierra. Cogió unas piedrecillas polvorientas, se incorporó y jugueteó con ellas sacudiéndoles el polvo. Observó a sus espartanos: ¡qué hermosa visión! Un bosque de lanzas, un muro de escudos de bronce y hombres de hierro, dignos hijos del mismísimo Heracles.

Concedería a los ilotas unos instantes más mientras paseaba entre los cadáveres y los hombres agonizantes. Unos instantes más para temer por su vida; *al fin y al cabo,* pensó, *es peor el temor a la muerte que la muerte misma.*





Para el último asalto, Okela había ordenado que en primera línea formasen los hombres más jóvenes, hombres de veintiún años, deseosos de entrar en combate y probar su valía, hombres que habían superado con éxito la Agogé, pero que aún no habían saboreado el dulzor de servir a su ciudad en batalla, ni la experiencia de matar al primer hombre hundiendo la espada en su carne. Se puede llegar a perder la cuenta de a cuántos hombres has matado, pero nunca se olvida al primero y cómo su vida se escapa entre tus manos. Okela sabía que el último asalto siempre es el más duro, sólo quedan los mejores y el enemigo se revuelve como un jabalí acorralado y herido, tan cansado y desesperado que sólo desea hacer el mayor daño posible, conocedor de que su fin es inevitable. Ese asalto era el que reservaba a los jóvenes imberbes que formaban en silencio detrás de él, desbordados de entusiasmo. Sólo un espartano sabe sepultar sus sentimientos así, tras su coraza de bronce y bajo su piel de hierro.

Era un combate fácil, sólo eran ilotas. Los espartanos esperaban la señal. Okela anduvo pausadamente hasta el extremo derecho de sus líneas, levantó la mano y un rugido monosilábico y seco se alzó al unísono desde las gargantas espartanas. Sólo uno, seguido de un golpe seco de las lanzas contra los inmensos escudos. Era como si Zeus hubiera arrojado un trueno sobre los desgraciados ilotas. Inmediatamente después sonaron los aulós, una sola nota, luego un silencio seguido por la misma nota: la falange se ponía en marcha. Cada tres pasos la misma nota se mezclaba con la marcha segura y constante de los hoplitas.

Toda la sociedad espartana existía únicamente para que este momento fuera perfecto. Todos los antepasados de todos los hombres presentes en aquel combate habían existido única y exclusivamente para que esa marcha fuera perfecta. Los pesados escudos protegiendo el flanco derecho del compañero que avanzaba a la izquierda de cada combatiente, las lanzas de las tres primeras filas proyectándose desde el hombro de cada uno de ellos hacia abajo, las de las filas siguientes mirando a los cielos. Un puercoespín de hombres y metal, sin fisuras, sin grietas. Okela había observado en alguna ocasión marchar a hoplitas atenienses, tebanos, corintios... A medida que avanzaban, todos ellos iban inclinándose hacia la derecha, los combatientes buscaban la protección del escudo de su compañero y sus falanges acababan en posición oblicua. Esto los hacía prede-





cibles, sus líneas eran fáciles de desbaratar e imposibles de recomponer. Sólo los espartanos marchaban como un solo hombre.

La falange no tardó en atravesar la zona donde yacían los ilotas abatidos. Okela se quedó inmóvil para observar el desarrollo del combate, con el escudo posado en el suelo y contra la rodilla. Su escudo, por el cual todos los lacedemonios le reconocían, era regalo de su amada y amante esposa Kalisté; fue ella quien había ordenado su fabricación al herrero perieco más afamado de Laconia y su decoración a un orfebre Tebano de reconocida maestría en toda la Hélade. La espartana había pedido que los colores habituales del escudo lacedemonio se invirtieran en el de su marido. El fondo sería carmesí, no dorado y, en vez de una, su marido luciría cuatro lambdas amarillas y abombadas, en vez de rojas puntiagudas, opuestas entre sí y cuyos vértices apuntarían a un círculo en el centro. El símbolo resultante era hipnótico.

A medida que la falange avanzaba y levantaba el polvo a su paso, se sentía el desconcierto de los ilotas. Miraban hacia los lados sintiéndose inseguros, empujándose los unos a los otros, tratando inútilmente de formar una línea sólida que de poco iba a servir. A tan sólo cien pasos del inminente choque algunos empezaron a soltar sus armas y a dar la espalda a la falange, corriendo en dirección opuesta para salvar sus miserables vidas. Otros se mantuvieron firmes, pero se adivinaba el terror en sus caras. Desde esa distancia ya se percibía el olor a orín. Así es como huele el miedo. Algunos arqueros ilotas consiguieron disparar sus flechas, pero el terror afectaba seriamente a su puntería, chocaban en el aire, caían demasiado lejos o demasiado cerca. Armas afeminadas, pensaba Okela mientras alzaba de nuevo la mano para indicar la siguiente orden. Una nota diferente se dejó oír desde las líneas lacedemonias. Los espartanos se lanzaron a la carga al unísono emitiendo un grito de guerra que inmovilizó a sus rivales. Este aullido servía a dos propósitos: el primero, paralizar al enemigo, el segundo, dar ímpetu a la carga. Las lanzas espartanas comenzaron a ensartarse en los cuerpos de los rebeldes que se batían con más valor que destreza. Desbaratada la primera línea, los lacedemonios desenvainaron sus pequeñas espadas y comenzaron a cercenar miembros y a atravesar los cuerpos de los desdichados abriéndose paso sin dificultad entre ellos, sembrando la destrucción y la muerte. En cuestión de minutos, lo que había sido un clamor de gritos, aullidos y choques de metal se convirtió en calma. Jade-





antes y exaltados, los espartanos levantaron sus espadas al aire y aullaron satisfechos y llenos de orgullo. A los ilotas que habían huido no tardaría en darles caza la Krypteia.

Mientras Okela inspeccionaba el campo, Pantites, segundo al mando, se acercó a él.

—La resistencia ilota ha sido aplastada, señor.

—Bien —dijo Okela—. Ordena a los hombres que sigan la rutina de costumbre: que maten a todo ilota herido o agonizante y que recojan a nuestros caídos. Quiero saber cuántos rebeldes han muerto, los Kleros a los que pertenecían y el tipo de armas que utilizaban. Te esperaré en mi tienda cuando hayáis acabado.

Sin decir una palabra más, Pantites saludó marcialmente, dio media vuelta y comenzó a dar órdenes. *Es una lástima tener que acabar de esta manera con esos miserables, al fin y al cabo son propiedad del estado*, pensó Okela mientras se dirigía a su tienda en el campamento espartano.

Cuando caía la tarde, Pantites se presentó en la austera tienda del comandante para dar el informe. Okela se había desprendido de su panoplia y sólo le cubría una túnica de áspero lino.

—Adelante, Pantites. Pasa, siéntate... ¿Agua? —preguntó Okela.

—Sí, gracias.

Se sirvió agua fresca en un cuenco de madera y bebió ávidamente, secándose acto seguido con su antebrazo y emitiendo un placentero gemido de saciedad.

—¿Y bien? —dijo Okela.

—Mil doscientos cincuenta y ocho ilotas muertos en la acción de hoy, tres homoioi muertos, tres heridos graves y dieciséis heridos leves.

—¿Armas?

—Una variedad interesante, la mayoría armas ligeras: las espadas y los escudos de origen persa, los arcos de fabricación casera; los hombres dicen que no parecían haber recibido adiestramiento militar.

—Sí, eso último era fácil de deducir —sentenció Okela mientras servía más agua en los cuencos vacíos—. Así que podemos confirmar que los persas están detrás de estas pequeñas revueltas, como sospechaba la Krypteia.





—Eso parece —respondió Pantites.  
—¿Alguna apreciación sobre los hombres? ¿Alguien que merezca algún tipo de reconocimiento?  
—No, señor. Todos han cumplido con su deber.  
—Muy bien, da la orden de que preparen la marcha. Mañana, antes de que salga el sol, volveremos a Esparta.  
Pantites se levantó, hizo su saludo y salió de la tienda para comenzar los preparativos. En tres días estarían en casa.





## 2

Avanzaban. El angosto, serpenteante y empedrado camino que llevaba de Mesenia a Esparta a través de los montes y escarpadas cumbres del Taigeto había sido recorrido por los espartanos en innumerables ocasiones. Okela lo había atravesado en todas las estaciones, en abrasadores veranos y gélidos inviernos. En unas horas, y tras un recodo en el camino, se vería el Eurotas, el río que bañaba Esparta y, desde allí, siguiendo su cauce, divisarían la ciudad sin murallas: la invencible. El sol resplandecía en lo alto. Llegarían a su destino cuando la noche ganase su particular batalla al día.

La vida había derrotado de nuevo a la muerte en un ciclo interminable. La primavera, que había sido precedida de un crudo invierno, inundaba los frondosos bosques del Taigeto y regaba con vitalidad faldas y cumbres. Así es el mundo en esencia: para que haya vida, debe haber muerte, para que los lobos vivan, deben morir las ovejas.

Marchando al frente de sus quinientos Homoioi resaltaba la figura de Okela, con su casco corintio, decorado con un penacho de negra crin de caballo, digno trabajo de Hefesto. Siempre que pasaba por el Taigeto, Okela recordaba la historia de Hefesto. Cuando era niño, su madre le contaba cómo el Dios herrero, hijo de Hera, había sido despenado desde el Olimpo porque nació con horribles deformidades. Así se hacía en Esparta. Así debía ser por el bien común. Cuando una mujer daba a luz, el fruto de su vientre era sometido a examen por los ancianos. Estos valoraban si la vida del bebé merecía la pena al resto de la sociedad espartana. Aquellos neonatos considerados no aptos para formar parte de la sociedad eran llevados al Taigeto y abandonados en un lugar llamado «el depósito». Allí lloraban indefensos llamando desesperadamente a sus madres hasta que sus fuerzas les iban abandonando o hasta que las fieras los devoraban. Así debía ser para que Esparta fuese lo que era. No había lugar para bocas inútiles. El individuo no es nada, la polis lo es todo; o como le gustaba decir a los espartanos: «lo que no es útil para la colmena, no es útil para la abeja».





El agudo sonido de los aulós amenizaba la marcha acompañada de los espartanos, que entonaban los poemas de Tirteo:

¡Ah, jóvenes, pelead con firmeza y codo a codo;  
No iniciéis una huida afrentosa ni cedáis al espanto;  
Aumentad en vuestro pecho el coraje guerrero,  
Y no sintáis temor de hacer frente al enemigo!

Avanzaban felices, jubilosos, orgullosos de sí mismos y deseosos de volver a su ciudad: su razón de ser.

Este es el hombre que resulta valioso en la guerra.  
Y pronto las feroces falanges de los enemigos rechaza,  
Y con su esfuerzo detiene el oleaje que trae la batalla.  
Pero a quien en vanguardia caído la vida perdiera,  
Tras dar gloria a su país, a sus gentes y a su padre,  
Tras pasado cien veces de frente a través de su pecho  
Y del escudo en forma de ombligo su coraza,  
A este lloran lo mismo los viejos que los jóvenes  
Y con hiriente nostalgia lo añora su pueblo en conjunto.

De vez en cuando, la nutrida columna se cruzaba con algún pastor ilota que, por instinto, fingía estar ocupado y no darse cuenta de la presencia espartana.

¡Adelante, hijos de los ciudadanos de Esparta.  
La ciudad de los bravos guerreros!  
Con la izquierda embrazad vuestro escudo  
Y la lanza con audacia blandid,  
Sin preocuparos de salvar vuestra vida;  
Que ésa no es costumbre de Esparta.

Okela se había refugiado en los versos de Tirteo más de una vez, especialmente cuando había sentido la necesidad de abstraerse del hambre, el frío y el dolor. Precisamente allí, en el Taigeto, en una de las innumerables cuevas excavadas por la paciente mano de la naturaleza, había buscado refugio del gélido invierno cuando apenas contaba veinte años. En aquella ocasión se le había encomendado





su primera misión como parte de la Krypteia. Debía atravesar el nevado Taigeto, infiltrarse en Mesenia y, al amparo de la noche, eliminar a un tal Licodemo que, según las informaciones recibidas, estaba conspirando para provocar una gran revuelta entre los ilotas cuando llegara la primavera. Aquel fue el primer hombre que Okela había matado, pero su muerte evitó que muchos más murieran. Un perro puede vivir y morder sin patas, pero no sin cabeza. Lo mismo era cierto de los ilotas.

Identificar y acabar con este tipo de advenedizos era una de las labores de la Krypteia. Las revueltas ilotas siempre significaban una merma importante en la mano de obra, el retraso en las cosechas y muchas batallas innecesarias; aunque también es cierto que gracias a estas incursiones muchos jóvenes adquirían experiencia guerrera. Por eso, todas las primaveras, los éforos de Esparta declaraban la guerra a la ya sometida población ilota de Mesenia. La declaración de guerra era un mero formalismo, pero Esparta era una ciudad piadosa y, lo que en periodo de paz sería un asesinato deleznable a ojos de los dioses, no lo es con una guerra declarada.

Fue a la vuelta de aquella misión, atravesando en solitario el nevado Taigeto, con sus bosques blancos y el silencio roto únicamente por el silbido de un viento helado, cuando Tirteo había aliviado el entumecimiento de sus miembros congelados y el vacío en su estomago, y fue ante una de esas cuevas donde, buscando refugio, le sorprendió un lobo solitario, rabioso de hambre, que buscaba frenéticamente comida. Probablemente había sido el olor de la sangre seca de Licodemo en su túnica la que había atraído al depredador; o quizá no, quién sabe. Ante aquella cueva, los ojos del hombre y los de la bestia entraron en contacto. Okela, imperturbable ante el miedo, asió su lanza con ambas manos y la inclinó lentamente, apuntando a la cabeza del hambriento animal mientras suave y pausadamente cantaba los versos de Tirteo en voz baja, como un hechicero, y giraba lentamente, con las rodillas flexionadas, describiendo un círculo. El lobo giraba sobre su propio eje manteniendo sus ojos sobre los del muchacho, buscando el momento y el lugar idóneo para acabar con su víctima. La boca rabiosa y babeante de la bestia saboreaba ya el bocado. Un macabro baile. De forma certera, sin soltar la lanza y con un movimiento seco, rápido y decidido, Okela atinó con su arma en la boca entreabierta del depredador en el instante en que éste se preparaba para atacar. El rugido del ataque se





mezcló con el alarido de dolor y muerte. La lanza había penetrado tanto en la garganta del lobo que Okela había tenido que usar todas sus fuerzas para recuperarla.

Aquellos recuerdos hicieron a Okela revivir el frío de ese día a pesar del sol castigador que caía como una maza sobre él y sus hombres cada vez que atravesaban un claro. La mente humana puede saltar de recuerdo en recuerdo como un gamo. Un recodo en el camino, un olor, un sabor o un verso pueden transportarte a un momento pasado y revivirlo completamente.

La columna espartana avanzaba firme por el paso del Taigeto. Los peñascos desnudos sobresalían amenazantes. Las cumbres parecían esculpidas por colosos. Horas de marcha después, el ascenso se tornó en descenso y el descenso desembocó en el fértil valle que el Eurotas había labrado placidamente con la ayuda del tiempo en su camino hacia el mar. Aquí y allá, grupos de ilotas se afanaban en labrar las tierras que, a diferencia de otras, daba dos cosechas al año. El valle del Eurotas era la tierra más fértil de la Hélade.

Ya divisaban Esparta. La única polis que presumía de carecer de murallas. Con hombres como aquellos, las murallas no eran necesarias. Una pequeña nube de polvo se transformó en un hombre que corría hacia la columna en marcha. Se detuvo ante Okela, y saludó con solemnidad:

—Señor, traigo un mensaje del rey Leónidas —dijo el correo.

—Habla.

—Se me ordena comunicaros lo siguiente: «Querido amigo, confío en que vuestra misión en Mesenia haya concluido con éxito. Deseo veros en cuanto lleguéis a Esparta para comentar asuntos de vital importancia.»

Okela asintió y despidió al correo, que desapareció tal y como había llegado.





### 3

—¡Okela, querido Amigo! —exclamó Leónidas acercándose afable y con una sincera sonrisa—. ¿Qué tal por Mesenia? —dijo mientras se fundían en un largo y amistoso abrazo.

Sólo la luz de unas lámparas de aceite iluminaba la austera estancia del rey Agíada de Esparta. Se sentaron. Leónidas sudaba. Se veía por su atuendo ligero y lo brillante de su piel que había estado practicando algún tipo de lucha cuando le anunciaron la presencia de Okela. Unos ilotas colocaron olivas y uvas de excelente calidad sobre una sencilla mesa de madera, y ambos cogieron un puñado. Leónidas despidió a los sirvientes como si espantara a una mosca.

—Traigo noticias interesantes, aunque no sorprendentes —comenzó Okela—. Las revueltas de Mesenia no han sido espontáneas, como parecía al principio; hay indicios, o más bien pruebas, de que los persas están instigándolas y de que, además, desean que sepamos que lo hacen. Han conseguido hacer llegar gran número de armas a los ilotas, aunque estos combaten sin ningún tipo de preparación y han sido fácilmente derrotados. Por ahora no hay nada que temer: labran los campos, cuidan del ganado y las cosas parecen volver a la normalidad.

—Excelente trabajo. La Krypteia sospechaba que esos perros sarnosos de Jerjes andaban hurgando en nuestros asuntos e intentando causar problemas. ¿Tus hombres?

—He ordenado que los menores de treinta años vuelvan a sus barracones, el resto estarán ahora disfrutando de la calidez de sus esposas, especialmente Pantites: su mujer dio a luz justo antes de partir conmigo.

—Buen hombre Pantites; sincero, llano y leal.

—¿Y cuáles son esos asuntos a los que se refería el correo que me enviaste? —inquirió Okela mientras cogía otro racimo de uvas.

—Mi querido amigo, soplan de nuevo vientos de guerra. Como sabrás, desde hace un tiempo el rey de Persia, Jerjes, está reclutando un gigantesco ejército. Pues bien, nuestros agentes informan que





prepara una invasión de Grecia como la que intentó su padre, Darío, pero esta vez a una escala nunca vista. Nuestros problemas en Mesenia responden a la voluntad de Jerjes de mantenernos ocupados; algunos cifran su ejército en más de dos millones de guerreros venidos desde todos los puntos de su vasto imperio y más de mil naves. Es difícil imaginar un ejército de esa magnitud, ¿verdad?

—¿Dos millones de hombres? —interrumpió Okela con una irónica sonrisa—. No sólo es un ejército difícil de imaginar, sino imposible de abastecer.

—Puede ser. Los informes son extremadamente confusos —continuó el Agíada—, pero imaginemos que se trata de una décima parte de esa cifra. Nosotros sólo podemos poner en el campo a unos ocho mil homoioi. Las demás polis del Peloponeso juntas, una cantidad parecida, exceptuando Argos que, como siempre, procurará entorpecer cualquier iniciativa nuestra, aunque lo más probable es que ya se hayan vendido a los persas. En resumen, dudo que una coalición entre Esparta, Atenas, Corinto, Tebas y las demás ciudades libres pueda poner en el campo más de veinte mil hoplitas para una batalla campal y un número similar de otros combatientes sin experiencia; y eso tan solo en el mejor de los casos. Como sabes, los atenienses han estado construyendo en estos últimos años una gran flota en previsión de una posible invasión, pero ni en número ni en pericia pueden compararse a la flota de Jerjes. Mañana hay luna llena y me reuniré con Leotíquidas, la Gerusía y los Éforos para comentar la situación. Debes saber también que hemos enviado un mensajero al Oráculo de Apolo en Delfos para buscar consejo. —Leónidas prosiguió—: Necesito que partas cuanto antes. Irás a Sardes, en Asia; allí se está reuniendo, según tengo entendido, el ejército de Jerjes. Quiero que te infiltres y que recabes toda la información que puedas de su número y composición. Sé que cuentas con amigos en Atenas, allí podrás embarcar hacia Asia. No se me ocurre nadie mejor que tú para este propósito. Todas las ciudades de Grecia enviarán representantes a Corinto dentro de dos lunas. Allí nos veremos.

—Así se hará, señor. Por cierto, ¿qué tal progresa mi hijo Ático en la Agogé? —preguntó Okela.

—¡Ah! He seguido sus pasos, todo un hombrecito a pesar de su corta edad. No es el más rápido entre sus compañeros, pero es muy rápido; no es el mejor con la espada, pero es muy bueno con ella;





no es el mejor con la lanza, pero es muy diestro en su uso; valiente, pero no temerario, y tiene pinta de ser bastante listo; en resumen, es un guerrero completo y sobresaliente; se parece bastante a su padre y es digno portador de tu linaje, aunque se diferencia de ti en una cosa... —Leónidas fingió un gesto abatido y triste moviendo la cabeza de derecha a izquierda y colocándole a Okela la mano derecha sobre el hombro con sentimiento.

—¿Y bien? —pregunto Okela impaciente.

—¡Pues que no es tan feo!

Ambos soltaron una carcajada que duró varios minutos. Unos manotazos amistosos en la espalda de cada uno mientras se dirigían a la puerta sellaron el encuentro.

—Nos veremos en Corinto.





## 4

Ya era de noche, y Okela caminaba desde la casa del rey Leónidas hacia la suya con el escudo y el casco corintio colgados a la espalda y la lanza asida con la mano derecha, con la punta mirando al suelo. No notaba el peso de su coraza, ni del pesado escudo que, desde niño, eran una segunda piel. Cuando los espartanos partían en campaña siempre eran acompañados por ilotas que se ocupaban de cargar con la indumentaria, pero, para la misión desempeñada en Mesenia, Okela había decidido prescindir de ellos. Le resultaba delicado contar con sirvientes que probablemente tuviesen familiares entre aquellos que habían perecido. Marchar con la panoplia era incómodo, no por el peso, al cual todos estaban acostumbrados tras años de entrenamiento, sino porque cuando hacía calor, las corazas y los cascos se convertían en auténticos hornos y cuando hacía frío parecían témpanos de hielo.

Las calles estaban desiertas. Sólo la claridad de la luna guiaba sus pasos. Sentía el calor que siente cualquier hombre al volver a su hogar. Algunos perros ladraban a lo lejos. En breve llegaría a su casa, la que fue de su padre y antes de su abuelo; la que cuando él muriese sería de su hijo, la casa de los chacales de Esparta, la casa de los korkótidas, la estirpe que tantos grandes hombres había proporcionado a la polis; descendientes de reyes cuya genealogía se remontaba al gran Menelao de Esparta, marido de la raptada Helena que pasó a la Historia como Helena de Troya. Allí lo estaría esperando su amada Kalisté. Aquella mujer era la perfecta espartana, descendiente también de reyes, excelente administradora de sus tierras y las de su marido cuando éste se encontraba lejos, inteligente y avispada, gran anfitriona, justa pero severa con los ilotas a su servicio, madre abnegada y mujer de sabio consejo y, como correspondía a toda espartana: bella. Siempre que Okela había tenido que ponerle cara y cuerpo a Helena de Troya los había tomado prestados de Kalisté. Una mujer cuya sola belleza invitaba al rapto y por la que Okela comenzaría sin dudarle una guerra de diez años como





hizo Menelao. Kalisté era virtuosa ante conocidos y extraños, pero una auténtica Afrodita en el lecho.

A Kalisté le encantaba el baile. Era la mejor bailando el bíbasis. De hecho, todas las espartanas practicaban la danza, la carrera e incluso la lucha. Al contrario de otras ciudades griegas, en Esparta las mujeres no estaban recluidas en los gineceos ni eran meros medios reproductivos, ni recibían la mitad de la comida de la que disfrutaban sus hermanos, quizá por eso no eran raquílicas y débiles sino que nacían y vivían fuertes, robustas y atléticas, tenían una intensa vida social y disfrutaban al yacer con sus maridos. Eran educadas en la lectura, legítimas herederas y poseían y administraban estados. En muchas ocasiones daban sabio consejo a sus maridos, que las consideraban sus iguales en bastantes materias. El resto del mundo griego, a pesar de considerarlas las mujeres más bellas de la Hélade, las criticaba por casquivanas y lascivas. Okela sabía que estas acusaciones no reflejaban más que envidia y, quizá, eran propiciadas por el hecho de que las leyes espartanas no contemplaban el adulterio. Una mujer que yacía con otro hombre que no fuera su marido no era culpable de nada; de hecho, no era raro que un lacedemonio incapaz de tener hijos escogiera a otro espartiatia para yacer con su mujer y así tener la descendencia que todo hombre ansía. De todos modos, un hombre que no sabe encontrar en una mujer a su igual nunca podrá saborear las mieles con que los dioses les han bendecido.

La mujer espartana era la columna vertebral de la sociedad, el pilar sobre el que se asentaban las bases de una ciudad invencible. En último término, si los hombres eran la muralla, ellas eran los cimientos de esa muralla. En una ocasión, una invitada ateniense le había confesado a Gorgo, la bella y abnegada esposa de Leónidas, que no se explicaba cómo las mujeres espartanas eran propietarias de pleno derecho de tierras y bienes y cómo es que eran capaces de discutir con los hombres asuntos políticos. Gorgo respondió lacónicamente: «Porque sólo las espartanas parimos verdaderos hombres».

La noche en que Okela había raptado a Kalisté de casa de sus padres para llevarla a su casa y tomarla como esposa, como era ritual en Esparta, sabía desde hacía tiempo que aquella mujer le llenaría completamente. Lo hizo la misma noche en que cumplió la edad estipulada para el matrimonio.





Se conocían desde niños. Habían compartido momentos de su niñez y adolescencia en los rituales religiosos, en los baños en el río y en las reuniones de sus familias, y aunque ambos, llegada su pubertad, habían tenido experiencias sexuales con personas de su mismo sexo, la unión de aquella noche había sido onírica, como un sueño. Siempre se habían deseado.

La noche del «rpto», como era costumbre, dos mujeres ilotas de la casa de los korkótidas habían preparado a la novia para recibir en su aposento y en su vientre al que a partir de ese momento sería su esposo. Fue rapada con mimo y vestida de forma austera con quitón de hombre y con un sencillo cinturón. Okela se escabulló de las barracas donde tenía obligación de permanecer, asumiendo el riesgo de ser descubierto, consciente de que, de serlo, le esperaba un severo castigo. Entró en el cuarto alumbrado por las tenues lámparas de aceite, se acercó a ella, desabrochó su cinturón y le retiró la túnica. No hicieron falta palabras. Aquella noche se entregaron el uno al otro con pasión, poseídos por Eros. Antes de que amaneciera, el espartano volvió a su puesto sin ser visto.

Al doblar una esquina, ya cerca de su casa, un grupo de jóvenes se divertía burlándose de un ilota borracho. No era costumbre en Esparta beber vino, ya que adormecía los sentidos y hacía a los hombres pendencieros e inconscientes, pero los ilotas bebían, y mucho. A veces, y como pasatiempo, los jóvenes obligaban a beber a estos siervos hasta que no podían sostenerse en pie y daban tumbos de un lado a otro sin poder articular palabra. Era un espectáculo penoso, pero algo que hacía entender a los jóvenes el peligro del exceso. Okela había practicado aquel pasatiempo cuando era joven y no pudo más que esbozar una burlona sonrisa.

Llegó a su casa y se detuvo un momento antes de abrir la puerta que daba al patio. Saboreó ese instante. Cerró los ojos. Estaba en casa. Era feliz. Sólo los dioses sabían lo que el futuro le deparaba. El mismo día siguiente podría tener que servir de nuevo a su ciudad y lo haría con entrega. Pero ahora estaba en casa, sólo el «ahora» importa, el pasado no deja de ser un sueño y el futuro una quimera.

Entró. En una incomoda banqueta del patio interior roncaba un ilota que sin duda había recibido ordenes por parte de Kalisté para que esperara a Okela, le asistiese a deshacerse de su panoplia y le asease. Okela pasó su mano derecha por los pies ya desgastados de la estatuilla de la diosa del hogar, Hestia, que presidía la entrada al





patio. Siempre que llegaba a casa hacía ese pequeño ritual. Se acercó al ilota y con dos firmes palmadas en la mejilla lo despertó. El sirviente se irguió sobresaltado.

—Bien... bien... venido a casa, señor —dijo titubeante.

—Anda, holgazán; ayúdame a desvestirme —ordenó Okela.

Una mujer ilota debía estar preparando su cena. Desde la cocina llegaba el inconfundible olor del típico caldo negro de los espartanos: sangre de cerdo y vinagre. A Okela le encantaba ese caldo, especialmente mojar en él un buen pan. A muchos griegos aquel plato típico y austero les resultaba repugnante, hasta el punto que un ciudadano de la lujosa Síbaris había llegado a afirmar que después de probar la sopa negra de los espartanos comprendía la disposición de estos hacia la muerte.

El ilota Alastor y Okela fueron al cuarto de aseo. Alastor, que en ningún momento miraba a los ojos de su amo, desprendió a Okela de su indumentaria: las grebas, la coraza y el casco, y fue a buscar agua caliente para asearlo. El aseo fue rápido pero concienzudo; perfumó a su amo y lo vistió con una ligera y cómoda túnica. Cuando terminó, Okela le indicó a Alastor que podía retirarse. Fue a la cocina donde tenía preparado su caldo negro, despidió a la cocinera ilota y disfrutó de aquel momento de quietud y soledad. Qué delicia. No obstante, una idea rondaba su mente: ¿dónde estaba Kalisté? Seguramente dormida. Su llegada habría sido informada debidamente por Pantites como se le había ordenado pero, dado que había llegado a esas horas y Kalisté se levantaba antes que cualquiera de la casa, era probable que estuviese ya en los brazos cálidos y placenteros de Morfeo.

Mientras se deleitaba con la cena, Okela pensaba en los ilotas sometidos en Mesenia, y también pensaba en Persia, en la inminente guerra que daría alas a estos para levantarse de nuevo si el ejército espartano abandonaba el Peloponeso. Aquellos ilotas no eran de fiar, eran capaces de cualquier cosa, pero estaban por todas partes. Y lo que era peor: eran imprescindibles para el modo de vida espartano. Sin ellos nadie labraría los campos, nadie serviría en las casas y los espartanos no podrían dedicarse exclusivamente al honorable oficio de las armas. Cualquier otro oficio le estaba prohibido por Ley a un espartiata.

Acabó su cena. Reinaba el silencio en toda la casa. No quería despertar a Kalisté. Subió sigilosamente las escaleras que llevaban a





su dormitorio con la lámpara de aceite en la mano y, lentamente, abrió la puerta para descubrir que Kalisté no se encontraba en su lecho. Una inexplicable sensación de desconcierto recorrió su cuerpo partiendo desde el espinazo. Se acercó al lecho despacio. Ella no estaba allí, y sin embargo su olor lo inundaba todo. Detrás de él, la puerta se cerró mientras una voz marcial y de mujer le increpó:

—¡Soldado!

Okela dio media vuelta y vio a Afrodita. Era Kalisté. Vestía una túnica casi transparente que, a la tenue luz, permitía adivinar sus senos firmes, su cuerpo atlético, sus piernas perfectas. Esa bella faz, esos largos cabellos. Era tan hermosa... Sus dos embarazos no habían causado mella alguna en el cuerpo de aquella mujer bendecida por los dioses. Okela se quedó paralizado, algo que ni el más feroz enemigo hubiera conseguido jamás. Kalisté se acercó lenta e insinuadamente y comenzó a besar de forma sensual aquel cuello de toro mientras la hombría de Okela comenzaba a manifestarse.

—Bienvenido a casa, soldado —le susurró al oído entrecortadamente y sin dejar de besarlo.

Okela permaneció inmóvil y cerró los ojos dejándose llevar por aquella amorosa emboscada que su amante esposa le había tendido. Kalisté exploraba con sus labios las mejillas y el cuello del espartano, deslizó lentamente su mano derecha acariciando su poderoso brazo, hasta alcanzar su miembro viril, ahora erguido completamente, y comenzó a palparlo y a acariciarlo por encima de la túnica. Okela se rindió a su instinto. Asíó a su mujer por la cintura y la atrajo hacia sí. Sus labios se unieron en un apasionado beso. La tomó en brazos y la tendió sobre el lecho con gran mimo. Admiró de nuevo aquella belleza que esperaba para recibirle en sus entrañas y se deslizó entre sus piernas, subiendo con delicadeza la túnica de su mujer, sin desnudarla. No hacía falta. Okela penetró aquel templo reservado para él y, mientras la besaba dulcemente, comenzó con su vaivén lento, firme y amoroso. Jadeaban. El encuentro fue breve, pero intenso. Después de una larga ausencia, a ninguno de los dos les costaba alcanzar el cénit del amor. Okela derramó su virilidad en el vientre de Kalisté al tiempo que ella agonizaba de placer. Los besos de pasión dejaron paso a otros de amor. Okela se retiró de ella y se tumbó boca arriba. Kalisté acarició a su marido con mimo con la mano derecha, descansando su cabeza sobre la izquierda. No habló, senci-





llamente sonreía. Le gustaba recorrer el cuerpo de su marido con los dedos, descendiendo poco a poco desde el pecho hasta las piernas, bordeando las numerosas heridas que lucía el espartano como si de trofeos se trataran. Cada una de ellas tenía su propio nombre. La argiva era una herida que trazaba una línea recta desde su hombro izquierdo hasta el pezón, causada durante una cruenta batalla contra trescientos hombres seleccionados por la eterna enemiga de Esparta: Argos. Las Mantineas eran dos agujeros de flecha, casi paralelos, debajo de las costillas, recibidas durante el asedio a la ciudad del mismo nombre. La Tebana era la más grande de todas; le recorría el muslo desde la pelvis hasta prácticamente la rodilla. Aquella herida había sido la más grave que había sufrido el espartano. Sólo la rápida intervención de su compañero y amigo Agías le había salvado de una muerte segura. Varios otros vestigios de combates surcaban el cuerpo del guerrero, y todos ellos tenían nombre. Eso sí, donde Kalisté no podría encontrar herida alguna debida al combate era en la espalda. Tan sólo los surcos, cicatrizados hacía años, de los latigazos recibidos durante su instrucción en la Agogé decoraban la espalda de su marido. Lejos de resultar desagradables, las cicatrices hacían que su hombre le resultase más atractivo todavía. Ella siguió acariciándole, sonriente, hasta que se quedó dormido. Llegaba de Mesenia sin un rasguño. Era bueno volver a casa.

